

# El Menorquin.

ORGANO REPUBLICANO FEDERAL DE LA ISLA DE MENORCA.

(SEGUNDA EPOCA.)

Año III.

Mahon, jueves, 23 de Noviembre de 1871.

Núm. 710.

Este periódico se publica todos los dias por la mañana, excepto los lunes y siguientes a festivos.

Director: Bernardo Fabregues y Sintés.

Redaccion y Administracion, calle del Castillo, 58. Horas de oficina para anuncios, de 9 a 12 mañ.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE

### El Menorquin.

#### CARTAS PARISIENSES.

#### A LAS PUERTAS DEL CIELO.

San Pedro está de un humor de todos los diablos.

Acaba de entrar en la celeste porteria, y despues de colgar de un clavo el manajo de llaves, se deja caer en un sillón de baqueta, saca del bolsillo un pañuelo de cuadros azules, se enjuga el sudor que brota de su venerable calva, coje un número de *La Iberia* llegado por el último correo, y dice abanicándose con el periódico sagastino:

¡Uf! Si guerra Dios que tenga yo hoy un momento de reposo? ¡Qué puerta, Dios mio, que puerta!... si parece una pila de agua bendita! Apenas me siento, campanillazo! ¡Y esto se llama gozar de la bienaventuranza! ¡Bonito oficio me ha dado el Padre Eterno! En fin, ahora que no se descubre ni un alma por el camino del cielo, veamos que nos dice este papelote de las cosas del mundo.

San Pedro saca los anteojos, se los montá encima de la nariz y despliega pausada y gravemente el órgano oficial de don Práxedes Mateo.

Pero aun no ha fijado la vista en la primera línea, cuando suena un campanillazo que le hace saltar en el sillón.

—¡Voto a sanes!... ¿a qué no me dejan saber lo que pasa en la tierra?

—¡Tilindridilin!

—Con la cabeza! ¡Pues no mete mucha bulla el alma de... cántaro!... ¿Quién llama?

—Gente de paz.

—Mire V. con lo que sale! Pues no faltaba mas sino que aquí viniera gente de guerra!

San Pedro abre el ventanillo.

—¿Qué es lo que V. quiere, alma bendita?

—Quiero entrar, señor san Pedro.

—Entrar!... entrar!... Ya lo supongo!

Pero ¿cree V. que aquí se entra como trasquilado por iglesia? ¿Qué hizo V. en el mundo? ¿Qué méritos alega para entrar en la morada de los justos? ¿Fue usted mansa? ¿Fue V. pobre de espíritu? ¿Lloró V. sin haber mamado? ¿Tuvo V. hambre y sed de justicia? ¿Hizo V. obras de caridad? ¿Fue V. a Cayena ó a Nueva-Caledonia? ¿Vivió bajo el reinado de algun sable? ¿Pagó el impuesto de los fósforos bajo el sistema tributario de algun Pouyer-Quertier?

—No, señor san Pedro, nada de eso puedo alegar.

—Pues entonces ¿qué méritos hizo V?

—Sacrificarme constantemente con heroico valor.

—Por quién?

—Por la patria.

—¿V. también? Pero, señor, esto es una epidemia! Todas las almas que llegan a las puertas del cielo vienen con la misma música! Hum! esa generalidad de méritos empieza a darme mala espina! Ya se me han colado hoy de rondón mas de tres docenas de almas bajo el mismo pretexto. ¿Es posible que el Angel de la Abnegacion, que tan alicaído vuelve siempre de cada viaje!, haga actualmente en el mundo tantos milagros?

—Señor san Pedro!, le juro a V. que yo me sacrifiqué una porcion de veces...

—Asi dicen todas; pero es menester poner coto a la confianza; es menester que yo le pida al Angel de la Verdad el *Libro Verde*, para saber lo que hay de cierto en esa contagiosa virtud. Conque dese por ahí una vuelta y hablaremos.

—Pero señor san Pedro...

—No hay san Pedro que valga! Mañana será otro dia.

—Que le juro por todos los santos de la Corte celestial que yo soy un alma purificada por el sacrificio. Déjeme V. entrar!... Ande V., señor san Pedrito!

—¿A qué va a concluir, como las otras por entermecerme? Vamos a ver ¿cómo se sacrificó V., alma bendita?

—Acostándome voluntariamente sobre un lecho de Procusto...

—Ave Maria! en que estado traerá V. las piernas!

—Llevando debajo del sobaco un manajo de espinas...

—Infeliz! y ¿por qué ese manajo?

—Un manajo de espinas llamado *carriera de ministro*...

—De ministro?

—Y sobre mis pobres hombros la abrumadora carga...

—Si, si, del mando supremo, conozco la cancion, pero ya no hay emboque! Vuelva mañana, y veremos cual es su *debe* y su *haber* en el *Libro Verde*.

—Pero, señor san Pedro de mi alma, abra V.

—No oye V. que no, ó es V. sorda? Ahí a mano izquierda encontrará V. un cobertizo donde pasar la noche, caso que no quiera quedarse al rasó. Conque hasta mas ver.

—Pero...

San Pedro cierra el ventanillo en las narices de la pobre alma atribulada, y vuelve a la porteria murmurando entre dientes:

—No, canario! tanto sacrificarse pasa de castaño oscuro, y no me da la gana que el mejor dia me diga el Padre Eterno que las almas del otro barrio me están comulgando con ruedas de molino!

#### II.

San Pedro saca una caja de cerillas, enciende una lámpara de petróleo, vuelve a coger el número de *La Iberia* y empieza a leer el extracto de la sesion

del Congreso:

«El presidente del Consejo señor Malcampo, no teniendo costumbre de hablar en público, leyó a la Cámara un discurso para esponerle el programa del nuevo gabinete, y esplicarle el desenlace de la crisis. El Sr. Malcampo dijo que cuando S. M. el rey le mandó llamar a palacio, no sospechaba ni remotamente que fuera para encargarle de formar un nuevo ministerio. Al saberlo, no pudo menos de decir al rey: «Señor, mis hombros son muy débiles para echar sobre ellos tan grave carga. Yo no poseo las dotes que requiere tan espinoso cargo.» S. M. insistió, haciendo presente al Sr. Malcampo que el bien de la patria asi lo exijia. El señor Malcampo respondió: «Ya que V. M. se empeña, ya que la patria exige de mí tan cruento sacrificio, me sacrificaré.»

Otro?—esclamó san Pedro tirando el diario—¿otro ministro sacrificándose en aras de la misma Señora? ¿otra alma en camino de venirme con la misma muletila? Pero señor ¿qué pasa en el mundo?. Se ha desarrollado una fiebre amarilla de longanimidad, un cólera morbo de abnegacion? ¿Qué mil santos hay en la cara de la patria que todo el mundo se sacrifica por sus buenos ojos? Es necesario que yo sepa a que atenerme respecto a esta monserga.

San Pedro echa mano al tubo acústico que desde un rincón de la porteria comunica directamente con el coro de ángeles y da un soprido.

—¿Qué se ofrece?—pregunta una voz.

—Anda por ahí el Angel de la Verdad?

—Si señor.

—Y el de los Divinos Mensages?

—Tambien está aquí.

—Pues que me hagan el favor de tender hácia acá el vuelo, que tengo que hablarles.

—Allá van en seguida.

Un instante despues, se oye un ruido estridente y metálico, semejante al que producirian al batir el viento con sus potentes alas cien águilas reales, y los dos ángeles susodichos se posan en el umbral de la celeste porteria.

#### III.

—Alabado sea Dios!

—Por siempre!... Entren Vds. hijos míos.

—¿Qué tiene el señor san Pedro que mandarnos?

—Tengo muchísimas ganas de salir de una duda que me está haciendo cosquillas desde hace una hora. ¿Quieren Vds. un polvo?—añade sacando la caja del rapé.

—Gracias, señor san Pedro, no lo gastamos.

—Tengo muchísimo miedo de que el Padre Eterno me eche una peluca soberana.

—Pues ahí tiene V. un miedo que yo

no comprendo!—dice el Angel de la Verdad—¿tan mal le vendria a V. para esa calva?

—Mira, arrapiezo! cuidado con burlarte de mí! Si hablé de peluca fué en sentido figurado. Quise decir que temia que su Divina Magestad me diera un bufido.

—Dispéñeme V., señor san Pedro, yo soy incapaz de burlarme de nadie. Pero como sabe V. que las digo de a puño...

—Si, aprovechaste la ocasion de encajarme una!

—Y por qué teme V. que el Padre Eterno le riña?

—Porque se me figura que me estoy conduciendo como un chiquillo y que a esta fecha hay en el cielo una porcion de almas de contrabando.

—Cómo! ¿ha dejado V. entrar alguna sin llamarme para ver su cuenta en el *Libro Verde*?

—Que si dejado entrar alguna?.. Centenares! Hoy, sin ir mas léjos, han entrado lo menos 35.

—Pero, señor san Pedro, y la consigna?

—¿Qué quieres? empiezan a lloriquearme, a decirme que han sido una santas, a jurarme por un puñado de cruces que vienen como el armiño y que en la prueba de la balanza pesarán sus malas acciones menos que una pluma, y como yo tengo estas benditas creederas, abro y las dejo pasar.

—Eso es! y luego cuando hay que echar alguna a la calle, como sucedió en la última pesada, nosotros pagamos tambien la culpa.

—¿Como ha de ser, hijos míos, como ha de ser! Bien sabe el Señor que yo quisiera ser rígido como una barra de hierro; pero ¿por qué me ha dado un corazon de cera y una credulidad de niño? Mil veces le he dicho que yo no sirvo para esto; que me releve de tan penoso cargo; que se lo confie a santo Tomás ó a otro santo que no se deje engatusar tan fácilmente, y nada! Su Divina Magestad se empeña en que he de ser conserge!

—Como que es un puesto de honor!..

—Bueno, hágase Su Santísima Voluntad! Pero vamos al cuento. Figurense Vds. que, a pesar de mis tragaderas y de mi inalterable mansedumbre, he concluido por sulfurarme y por mandar a un alma a paseo. Desde que amaneció Dios hasta hace dos minutos, estoy manteniendo este diálogo: «¿Quién?—Un alma purificada.—¿Cómo se ha purificado?—Metiéndome en un crisol.—¿En que crisol? En el de la Abnegacion»...

—Hermoso crisol!—dice el ángel de los Divinos Mensages—Eso prueba que nuestro buen hermano el de la Abnegacion está haciendo en la tierra muchos prosélitos.



—Así me pareció á mí en un principio continúa san Pedro —pero el remate de la *muletilla* me hizo al fin esclamar: Canario! esto me huele á filifa!

—Y, ¿cual era ese remate, señor san Pedro?

—Ese remate era, que cuando les preguntaba por quien se habian sacrificado, todas las almas respondian invariablemente, suspirando y poniendo los ojos en blanco: «Por la patria!»

El Angel de la Verdad suelta una carcajada tan estrepitosa, que hace temblar los vidrios de la celeste portería.

San Pedro deja caer los brazos á lo largo del sillón.

—Con que es cierto!... Conqué me la están jugando de primo!... Conque no hay tales carneros!..

—Mucho me lo temo, señor san Pedro!, dice el Angel de la Verdad. —Ya sabe V. que yo tengo una buena memoria; pues bien, desde que llevo el registro, no recuerdo haber anotado ningun sacrificio de esa especie.

—Ah trapalonas! ¡Fíese V. de almas de buena apariencia! En lo sucesivo, no me entra aquí ninguna sin que yo sepa antes el pormenor de su vida y milagros. Pero ¿que va á decir el Padre Eterno cuando se entere de esta nueva falta, hija de mi incorregible credulidad?

—Se me figura que vamos á tener peluca, señor san Pedro.

—¿Cuándo es la primera pesada, hijos míos?

—Debía haber sido hoy; pero se ha aplazado á la semana que viene, porque el Arcangel san Miguel está de viaje y no vendrá hasta el lunes.

—Pues entonces se salvó el país! Entonces no hay nada perdido si Vds. me ayudan á reparar la pifia!

—Nos tiene V. á su disposicion. ¿Que hay que hacer?

—Echar á piedra y honda esas picaras almas! Pero no partamos de ligero; procedamos por orden. Tú, hijo mio, que tienes buenas alas, —añade san Pedro encarándose con el de los Divinos Mensajes— véte en un salto á la tierra en busca de tu hermano el de la Abnegacion y tráetle contigo.

—¿Hacia que punto debo tender el vuelo, hermano?

—Voy á decírtelo, —responde el de la Verdad abriendo el *Libro Verde*. —En este momento, nuestro muy querido hermano el de la Abnegacion está en Paris, hablándole al oído al presidente de la República.

—Y que le dice?... que le dice?—pregunta San Pedro dejándose llevar por la curiosidad, vicio dominante en las porterías de la tierra, y del cual, segun parece, no se halla exenta ni la portería del cielo.

—Dícele: —«Gran hombre necesario, estoy muy contento de tí! Desde que viniste al mundo de la política, hasta hoy día de la fecha, tu vida ha sido una larga cadena de sacrificios. Naciste millonario, y te has arruinado por la patria. Ministro una porcion de veces, y saliste de la poltrona tan pobre como entraste en ella. ¿Que hubiera sido de tí, si no hubieses tenido para llenar el prosaico puchero una pluma de historiador? Lo único que te quedaba de tu riqueza paterna era tu *bicoca* de la plaza de S. Jorge. Los comuneros te la saquean y te la ar-

ruinan, la patria agrededida te regala un millon doscientos mil francos para reedificarla, y tú, alma grande y generosa, haces el sacrificio de... metértelos en el bolsillo, murmurando heroicamente: ahora, bien pueden esperar su ilusoria indemnizacion los arruinados de la *bantieu*.» Por último, llegas á presidente de la República, y en premio á tan *amargo caliz*, tenias derecho á una lista civil semi-régia, á una canongia de quince ó veint millones: pero tú, alma generosa y grande, rechazas semejante idea con santa indignacion, y te contentas con que te den para un panecillo y una cebolla, para tabaco y ropa limpia; te contentas con medio millon cien mil francos anuales, ó sea 1646 fr. 60 céntimos por día; y exclamas, apurando hasta las heces el consabido cáliz del sacrificio: «que importa que yo me roa los codos de hambre, qué importa que yo no tenga sobre donde caerme muerto con tal que la patria sea dichosa? Gran hombre necesario, estoy muy contento de tí!»

—¿Ven Vds., hijos míos, como no hay que partir de ligero?—dice el príncipe de los apóstoles—¿Ven Vds. como todas las almas no son embusteras?

El Angel de la Verdad le mira sonriendo.

—Señor san Pedro, —le dice—estudió V. retórica allá en el mundo?

—No, hijo mio, mal podía estudiarla cuando no sabía leer. Hasta que vine al cielo no supe nunca descifrar una línea. Por qué?

—Porque? si V. supiera retórica habria conocido que el Angel de la Abnegacion, al hablarle al presidente, está haciendo uso de una figura que en boca de un ángel equivale á un latigazo.

—Déjame de figura y no me andes con esos dibujos de lenguaje. Si quieres que te entienda, preséntame las cosas como tu sabes hacerlo, sin máscara y sin camisa. Esto sentado, vamos á nuestro asunto: como no quiero cometer la injusticia de confundir sin examen las almas buenas con las hipócritas, y como es necesario purgar el cielo de estas últimas antes que el Padre Eterno las tisbe, hé aquí lo que vamos á hacer: tú, hijo mio, te vas, como te he dicho, en busca de tu hermano, y en cuanto vuelvas con él, me le dejas en la portería y echas á volar por todos los confines del cielo para atraparme, donde quiera que las encuentres, esas almas intrusas. Ya sabes en lo que se conocen, no es verdad?

—Si señor; en la falta de aureola y en la cruz de ceniza que llevan en la frente. Pero ¿donde hé de meterlas?

—En el cuarto del escotillon.

—Del escotillon que comunica con el hátrato?

—Justamente. Conque, an'a, hijo mio, todo eso es para tí cuestion de 15 minutos. Mientras, nosotros vamos á dar un repaso al *Libro Verde*: las almas que tengan méritos para quedarse ¡y ojalá los tengan todas! se quedarán; las que no tengan ninguno, irán á la calle por una oreja; y las que se hayan permitido profanar la celeste mansion trayendo sobre el cogote una carga de crímenes, esas, bajarán por escotillon y esperarán en brazos de Luzbel á que el Padre Eterno las llame á juicio. Ah! ten cuidado

al salir no se te cuele por entre las piernas un alma sospechosa que dejé antes en el zaguan. Anda, hijo mio.

San Pedro tira del cordón, la diamantina puerta del cielo gira sobre sus góznos, y el Angel de los Divinos Mensajes sale disparado como una bala.

IV.

—Ahora, hijo mio, tú que todo lo sabes, —dice san Pedro— abre el registro y léeme el *debe* y el *haber* de todas las almas que han entrado aquí desde el último juicio, y en particular de las que han entrado hoy, porque esas son las que mas desconfianza me inspiran.

—En seguida, señor San Pedro.

El Angel de la Verdad pone el Libro Verde sobre la mesa, coloca la mano izquierda encima de sus cristalinas páginas, se lleva el índice de la derecha á la frente y permanece un instante en actitud meditabunda.

—No son 35 las almas entradas hoy sin la confrontacion de ordenanza?

—No, señor san Pedro, son 38; se ha equivocado V. en tres. ¡Y que rara coincidencia! todas son almas de ministro.

—Pues ya tienen una verdad en su abono, porque todas ellas me han dicho que habian ejercido en la tierra tan espinoso cargo. ¿Y cuantas son las que han entrado desde el último juicio?

—Novecientas mil ciento ochenta y una.

¡Dios Eterno! tantas? Como vamos á examinar la cuenta de tan enorme letanía?

—Lo mejor será echarlas á la calle sin meterse en mas averiguaciones.

—Creo que llevas razon. ¿Tienen mucho en el *haber*?

—Ni pizca. Todos le tienen limpio.

—¿Y el *debe*?

—Está bastante cargadito.

Pues no hay mas, á la calle, y cuando vuelvan á entrar una á una les ajustaremos la cuenta holgadamente. A ver las de hoy! tengo deseos de conocer las amarguras que sufrieron en el mundo esas 38 benditas almas, que tanto se sacrificaron por la patria. Y á propósito explícame lo que hoy significa entre los hombres esa palabra, porque yo no puedo formarme una idea de lo que es. Como nuestro reino no era del mundo, nosotros los apóstoles nos cuidamos muy poco de las cosas terrestres.

—La patria, señor San Pedro, es una viña.

—Ajá! y cultivarla con esmero, regarla con el sudor de su frente, es lo que llaman sacrificarse por ella. Ahora lo entiendo.

—No señor, sacrificarse por ella es vendimiarla.

—¡Pues ahora si que no lo entiendo!

—Vamos, se lo explicaré á V. de otra manera: la patria es una vaca de leche, con un becerillo que se llama el becerillo de la prosperidad pública.

—Ya estoy al cabo! Y sacrificarse por ella es cuidarla, darle de comer para que engorde y para que el becerillo se ponga tambien como una bola.

—No señor, no, sacrificarse por ella es darle al becerro un puntapié en el hocico, y ponerse á ordeñar la vaca ó á mamarla en familia.

—Pues señor, confieso que no lo entiendo. Veamos la cuenta de esas bienaventuradas almas.

—La 1.ª que entró aquí hoy fue la n.º 280.000.000.000.759....

—Mira, mira, suprime tus números de orden que no hacen sino embrollarme las ideas, y señálamelas de una manera mas intellegible.

—Así lo haré, señor san Pedro. La 1.ª que entró fué el alma de un gran hombre que se llamó A (las señalo con una inicial para que V. las distinga.) El primer sacrificio que hizo esta A por la vaca, fué aceptar 30.000 duros de sueldo y un título de conde. El 2.º sacrificio fué limpiarle el pesebre, para dar todos los meses, con el valor de las limpiaduras, un sarao de 10.000 duros. El 3.º sacrificio fue colocar á todos sus parientes, hasta los de 5.º grado, para que le ayudaran á llenar el zapito y á destetar el becerro. El 4.º sacrificio fué sacudir la cruz de los hombros y sentar plaza de millonario. En el *haber* de esta alma hay una columna de ceros, y media onza para los pobres.

—Pues esa la salva!

—Espere V! y media onza para los pobres dejada caer en la bandeja de la Vanidad que una señora de alto coturno tenia delante de sí á la puerta de una iglesia un día de Semana Santa.

—Sea todo por el amor de Dios! —Dice San Pedro dando un suspiro.

—La 2.ª alma pertenecié á otro gran hombre llamado B. Ardiente republicano, este B. defendió á capa y espada los intereses de la vaca, hasta el día en que hizo el sacrificio de agacharse para recoger en el arroyo una cartera. Una vez puesta la planta en el calvario y con el zapito entre las uñas, recorrió la escala de los enumerados sacrificios, hasta dejar la vaca en los puros huesos y el becerillo de la prosperidad mas transparente que un naípe.

—Pobre animalito! ¿No hay nada en el haber?

—Ni jota! El alma número 3 estuvo en el cuerpo de un presidente de consejo llamado C., tambien gran hombre....

—Espérate hijo mio, se me ocurre una pregunta: ¿por qué esos grandes hombres, tienen almas tan chicas?

—Porque en esa grandeza hay mucho barro; señor san Pedro, y á medida que el barro crece, el alma se encoge.

—Prosigue.

—La vida de este gran hombre fué un sacrificio no interrumpido, y, por consiguiente, una ordeñadura perpetua. Gracias á su admirable talento para sacrificarse, dejaba el zapito de la presidencia por el zapito de una embajada y *vice-versa*.

—Sea todo por el amor de Dios! Y la vaca?

—Figúrese V. como tendrá la ubre! El último sacrificio que hizo esta alma bendita fué no comérsela. C. murió dejando á su desconsolada familia en la indigencia de trescientos veintisiete mil duros de renta anual.

—Infeliz! Y qué tiene en su *haber*?

—Cero! Pasemos al número 4. Se llamó D. y era ya entrado en años cuando consumó su primer sacrificio.

—El de la cartera?

—Si, señor. Como cada cual tiene su modo de matar pulgas, D. subió al calvario por diferente vereda: el 2.º sorbo que dió al cáliz de la amargura, consis-



tió en una jugada de Bolsa en la cual desplumó, á mansalva, un millar de chorlitos. No hablo de las limpiaduras del pesebre ni de la colocacion de la parentela, porque estos sacrificios son de cajón. Por sus instigaciones, el príncipe á quien D. servia declaró una guerra insensata á un país lejano, y D. hizo el sacrificio de mentir cien veces por día para levantar empréstitos y tener en ellos y en la riqueza minera del país en cuestion un nuevo zapito. Pero se llevó la trampa el negocio, y D. volvió á sacrificarse diciendo á los tenedores del anzuelo que el papel de sus títulos era un papel mojado, aunque no lo era el de los que el tenia en caja. Como la anterior, esta letra del alfabeto ministerial dejó también á su pobre familia en la mas profunda miseria.

—¿A cuanto llega la profundidad hijo mio?

—A diez ó doce millones de francos. Verdad es que para aliviar esta miseria le han concedido á su infeliz viuda una pensión de veinte mil, lo cual es un sacrificio póstumo.

—Sea todo por el amor de Dios! y la vaca? no se ha muerto?

—No señor; pero está medio tísica. El alma número 5 se llama E. y entró en la carrera de los sacrificios por la puerta de una alcova....

—Esperate, hijo mio ¿es igual el *de* de las otras almas?

—Con muy poca diferencia.

—Es decir, que todas las variantes de abnegacion...

—Van á parar á la misma ordenadura.

—Y todas tienen el haber tan repleto de buenas acciones?

—Todas! La columna de este capítulo es una columna inmaculada.

—Pues entonces no te molestes. Cierre el *Libro*.

—¿Sabe V. ya lo que es sacrificarse por la patria?

—Sí, hijo mio, sí.

—¿Y ha comprendido V. lo que es esa infeliz?

—También! Mira tú si lo habré comprendido, que el día en que Su Divina Majestad me mande un absceso, le digo al médico del cielo que en lugar de echarme una docena de sanguijuelas me eche una docena de almas sacrificadas en aras de la patria.

La campanilla de la portería anuncia á San Pedro que el Angel de los Divinos Mensajes está ya de vuelta.

—Pronto! pronto, hijo mio!—le dice al verle entrar con su hermano el de la Abnegación—toma contigo una legión de ángeles para que te ayuden porque hay mas intrusas de lo que yo creía, y límpiamelo el cielo de esa basura! Escucha! encierramelas provisionalmente ahí en el patio, que tenemos ántes que hacer un espurgo.

—El mensajero bate las alas y se pierde con la rapidez del pensamiento en las celestes regiones.

San Pedro coge de la mano al Angel de la Abnegación y le lleva á la portería.

—Séntate, hijo mio, y descansa un rato, que bien lo necesitas—le dice.—Vamos, cuéntanos, ¿como te ha ido en tu viaje?

—Mal, señor san Pedro, muy mal!

—Y yo que me figuraba que estabas haciendo por allá cada milagro!...

—Ay! no me hable V! Entregados en cuerpo y alma al demonio del Egoismo, los hombres cierran los ojos para no verme. Les hablo de sacrificios y se me encogen de hombros; les hablo del placer supremo de hacer bien, y se me echan á reír. V. no llevó su brutalidad hasta el extremo de decirme: «déjame en paz con tu abnegación! Pruébame que me producirá al año siquiera un 10 por 100, y la tendré en seguida!»

—Ah condenado! Pero eso será en ciertas clases...

—En todas, señor san Pedro, en todas!

—Sin escepcion?

—Desgraciadamente!

—Pues yo creía que en las regiones elevadas, por ejemplo, entre los gobernantes, cosechabas algunas almas. Por lo menos, aquí han venido unas tres docenas de esa especie diciéndome que tú las habias acrisolado.

—Yo?... Ay señor san Pedro! como se conoce que no sabe V. lo que es un alma de gobernante!...

—Si lo sé, hijo mio, tu hermano el de la Verdad acaba de explicármelo. Y también sé lo que es la vaca de la patria, el becerro de la prosperidad pública y el zapito de la abnegación gubernamental. Pero á lo menos, habrás hecho la conquista del presidente.

—De qué presidente?

—Del de la República francesa. Tu hermano me leyó lo que hace poco le estabas diciendo.

El Angel de la Abnegación enjuga una lágrima con el revés de la mano, y responde con un acento de indefinible amargura:

—Sí, señor san Pedro, ese es uno de mis devotos! Hace 40 años que me deja acercarme á su oído....

—Vamos, gracias á Dios!

—Pero siempre le encuentro cerrado herméticamente con un tapon de algodón de pella!

VI.  
—Señor san Pedro, —grita el de los Divinos Mensajes— ¡aquí está el rebaño! Buen trabajo nos ha costado renirle!

El príncipe de los apóstoles y los otros dos ángeles salen al patio.

—Dios mio! —escrama san Pedro— ¡qué almas tan feas! ¿Es posible que yo me haya equivocado tan groseramente?

—Es porque ya han arrojado la máscara de la hipocresía, — responde el Angel de la Verdad.

—A ver! —grita el llavero del cielo dirigiéndose á la muchedumbre— ¡que todas las almas de ministro purificadas en el crisol del sacrificio den 4 pasos al frente!

Treinta y ocho almas, torcidas como patas de araña y mas negras que el corcoban, avanzan á la primera línea.

—Al cuarto de los justos! —añade san Pedro guiñando el ojo.

El Angel de los Divinos Mensajes las lleva al del escotillon, previo el asentimiento del de la Verdad.

En seguida, el príncipe de los apóstoles abre de par en par la diamantina puerta del cielo y saca de una leonera cuatro enormes escobas.

Los tres ángeles se arman cada uno

de la suya, y san Pedro guarda para sí la mayor.

—¿Están cerrados por allá dentro todos los pasadizos?

—Todos!

—Pues á ellas!

Las almas de contrabando salen, no echando demonios, porque allí no los habia, sino á manera de impetuosa catarata, como un río desbordado que se precipita al abismo desde lo alto de una peña.

—Horrio! bribonas! —grita san Pedro dando el último escobazo.

Acto continuo, aprieta un boton incrustado en la pared, y se oye un ruido semejante al que produciria un saco de huesos vaciado en la boca de un tubo metálico. Eran las almas del cuarto consabido que bajaban por escotillon.

—¡Buen viaje! Y ahora, —añade san Pedro enjugando el sudor que baña su rostro— ¡bigotes de hipocresía ha de tener el alma de ministro que me entre aquí sin meter antes las narices en el *Libro Verde!*

FEDERICO DE LA VEGA.

Paris, noviembre 1871.

CRONICA LOCAL.

Por encargo de uno de nuestros amigos debemos hacer presente al autor del cuarto suelto que publica *El Constitucional* en su número de 15 del corriente, que no solo se espiden á los adeudantes por derechos de consumo recibos talonarios al efectuar el pago, si que tambien nuestro municipio tiene nombrada una comision inspectora por cuanto corresponde á la recaudacion del indicado arbitrio.

De consiguiente, si al autor del citado suelto le interesa, puede enterarse y ver si cuantas operaciones se ejecutan con el indicado objeto tienen nada de informal!

Ha sido nombrado gobernador civil de esta provincia el C. José Rodriguez Alvarez, secretario de la de Granada, pasando al ministerio de la Gobernacion con el cargo de Jefe de Administracion Civil de cuarta clase, el C. Indalecio Martinez Alcubilla.

Segun vemos en «La Constitucion», la fragata *Prosperidad* que se encontraba en San Fernando, ha sido despachada para Lazareto súcio, habiéndose dispuesto se dirija á nuestro puerto.

Si nuestros informes son exactos, vendrá de secretario del subgobierno de esta isla el C. Antonio Sangenis, oficial del Gobierno civil de esta provincia, joven inteligente é hijo de un magistrado de la Audiencia de Palma.

Leemos en *El Constitucional* de ayer el siguiente suelto, que confirma nuestras noticias dadas anteriormente:

«Los presentimientos de que seria admitida la dimision que hizo del Subgo-

bierno de esta Isla nuestro apreciable amigo don Miguel Socías y Caymari, se han realizado, pues con fecha 8 del actual fué nombrado Subgobernador de Menorca D. José Moreno, secretario del Gobierno civil de la provincia de Valencia.»

CULTO CATORICO.

Santo de hoy.

San Clemente papa y mártir y Santa Felicitas.

CORTE DE MARIA.—Hoy se hace la visita á la Virgen de los Dolores.

Santo de mañana.

San Juan de la Cruz, confesor.

Movimiento del Puerto.

Entrados á libre plática el dia 22.

De Cardiff en 24 d., berg. ingl. Squire, de 168 ts., c. John Morjan, con 7 trip. y carbon.—A la orden.—Despachado para Palma sin alterccion.

De Id. en 29 d., berg. id. Ellen Aasperoft, de 329 ts., c. John Snoks, con 7 trip. y carbon.—Consig. á la Industria Mahonesa.

Entrados en cuarentena el dia 11.

De Bulamá en 56 ds., corb. francesa Olympe, de 526 ts., c. Antoine Guidice, con 15 trip. y cacahuets.—10 d. e. Despachados.

Para Barcelona, con maderas, berg. N-aleman Burgermeister Petersen, cap. C. H. Permien.

REMITIDO.

C. director de EL MENORQUIN:

Apreciable correligionario: le estimaremos permita la insercion en su periódico de las breves lineas que á continuacion acompañan, por lo que le quedarán una vez mas reconocidos sus atentos S. S.

Q. S. M. B.

Los zapateros calle Luna, 28.

No habiéndonos permitido el constante ejercicio de nuestra profesion, ocuparnos á tiempo del comunicado que suscribo por el señor N. O., publica *La Crónica* del viérnes último, lo hacemos hoy para que no crea un señor tan bien educado que no sabemos corresponder á su galantería.

Sepa, pues, por mas que no le cuadre, que no teniendo ninguna responsabilidad que cubrir ante el público ni ante nosotros mismos, continuaremos como hasta aqui haciendo valer nuestros derechos de ciudadanos, y que nos importa tanto su desprecio como su aprecio, asegurándole no nos quitará el sueño el cuidado de que haya quien inspeccione nuestros actos por lo menos tan dignos como los mejores que haya podido practicar durante toda su vida el señor N. O.

Mahon 22 noviembre 1871.



